

petidas ocasiones una optimista nota campestre, que entona por momentos el ánimo del lector.

«Campamento» es un libro desilusionador para los lectores acostumbrados a encontrar en las novelas revolucionarias, verdaderas novelas de aventuras. En cambio, constituye un buen documento para los que quieren conocer la vida anónima de la tropa revolucionaria, en cuyo nombre y con cuyo apoyo se hizo la revolución.—*Juan Uribe-Echevarría.*

EL ABRAZO DE LA TIERRA, de *Mari Yan.*

La crítica literaria se ejerce por lo general en nuestro país sin la imparcialidad que requiere el juicio elevado y sereno; teñida de personalismo, ella no es ni la manifestación subjetiva de la emoción estética del crítico, ni la interpretación artística de la obra literaria. Acá se elogia o se denigra rotundamente; se apela al ditirambo o al sarcasmo agresivo, según sea el ánimo del crítico con respecto a la persona del escritor cuya obra se juzga. Así se explica que críticos y escritores vivan repeliéndose llenos de odiosidades. El crítico, según nuestra opinión, debe oscilar entre los juicios extremos, evitando el elogio desmedido o la negación inapelable. Claro es que cuando se produce una obra egregia o se escribe un libro detestable, el juicio debe ser categórico sin recatear elogio o condenación. Alguien ha dicho que la crítica debe ser siempre elogiosa a fin de que sirva de estimulante al escritor. Se ha refutado tal opinión diciendo que el verdadero artista no necesita de estimulantes externos, que no hay mayor estímulo que la fuerza emotiva que dimana de su propio espíritu; así, sean favorables o adversos, los juicios de la crítica, seguirá produciendo siempre que haya en él auténtica calidad artística.

Las observaciones anteriores nos han sido sugeridas por la lectura de los juicios críticos que se han publicado acerca de la novela *El Abrazo de la Tierra* (1), de que es autora Mari Yan.

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile.

De tal manera no se han recateado en esta oportunidad los juicios ditirámicos, que llegamos a creer, antes de leer el libro, que era de aquellos que jalonan una época literaria. Mas su lectura atenta nos ha producido desánimo, y hasta hemos pensado que ha habido no poca benevolencia en tales opiniones.

Mari Yan—seudónimo de una distinguida dama de nuestra clase plutocrática—nos relata la vida que lleva en el campo Ana María, protagonista de la novela. Ana María es de alma soñadora, sensitiva, nostálgica; su vida en el campo es monótona, sin inquietudes que la conturben, atenta sólo al sentir de su corazón.

Amaba esa vida monástica y ese paisaje sin holgura, un poco sofocada por cadenas de montañas.

Su noviazgo con Enrique Acevedo, joven práctico que vivía preocupado de sus actividades agrícolas, no logra devolverle a su espíritu el sentido de la realidad a que la llama la tierra. No se siente ella comprendida por Enrique. De pronto conoce a Juan Carlos Almeida, advenedizo a la clase social a que pertenece Ana María. Juan Carlos tiene alma de Don Juan; su charla es amena y cautivadora, le prestigian varias aventuras amorosas, y ha viajado por Europa. Ana María se siente atraída por Juan Carlos y, poco a poco, va infiltrándose en su espíritu un profundo amor por él. Pero para éste el matrimonio no constituye una finalidad de sus aventuras amorosas y, pretextando un viaje a Europa, se aleja de Ana María; ésta se abate desconsolada; mas pronto se cura de su dolor, reanudando las relaciones con Enrique. Así responde al llamado de la tierra, de su tierra, a la cual se abraza con la fuerza de la sangre de sus antepasados. Como se ve, el argumento de esta novela es poco original. Mari Yan enmarca su relato novelesco dentro de animadas descripciones de la naturaleza, y no podemos negarle que logra darnos la evocación geográfica de los lugares campestres por donde Ana María pasea sus inquietudes sentimentales:

Seguían las avenidas de acacios y eucaliptus, rozaban el bulto de oro de la era, los ranchos pintorescos, una higuera monstruosa, y por fin se perdían bajo los altos cerros que se alzaban al fondo, sombríos, altaneros, con soberbia de dioses. Durante largo rato marchaban cobijados por los gigantescos flancos de la montaña desnuda. Pero de pronto, se ensanchaban los montes, el paisaje se abría, y aparecían, como una bendición, las tierras vastas y ricas de «El Cardal», tierras de promisión, voluptuosamente fecundadas junto a la cinta del río que culebrea-
ba travieso.

Su estilo es apretado, las descripciones sin más detalles que los indispensables, la pintura de la naturaleza es vívida como quien la siente muy hondo en su alma. Idéntico juicio nos merece la descripción que hace de un rodeo, aunque por el hecho de figurar en tantos libros chilenos, el rodeo ha llegado a ser un lugar común de la literatura criolla.

Desgraciadamente, el estilo no siempre muestra los aciertos que encontramos en los párrafos transcritos. Hay descuidos notables:

.....
Cerca del medio día Ana María volvía por el camino real en compañía...»;

inventa por ahí la palabra descomplica cuando existe en nuestro léxico simplifica; abusa del uso de pretérito, de subjuntivo en su significación de pretérito de indicativo; las consonancias se repiten con suma frecuencia: igualmente, impertinente, etc. etc.

En la creación de los personajes, junto a Ana María que tiene vida propia por su diferenciación psicológica (Enrique y Juan Carlos son opacos, carecen de relieve), debemos recordar a Trigueta, que huele a trigo, según la feliz expresión de Mari Yan, y a Mercedes, prototipo de la vieja beata y peladora, que vive preocupada de las intimidades ajenas y de los abolengos. En la pintura de los ambientes y personajes aristocráticos, Mari Yan tiene picantes y agudas observaciones que hacen suponer que las ha tomado directamente de la realidad.

Colocada dentro del criollismo literario, tenemos que confesar que no encontramos en esta novela el vigor y colorido de las descripciones de Mariano Latorre, ni la fuerza trágica de Marta Brunet, ni la riqueza emotiva de Luis Durand, ni el sereno equilibrio de la composición de Manuel Rojas. No obstante ello, creemos que Mari Yan ha enriquecido nuestra literatura auténticamente chilena con un libro simpático que se lee con agrado.—*Milton Rossel.*

ENSAYOS

TRABAJO, RIQUEZA Y BIENESTAR DEL MUNDO, por *H. G. Wells.*

Amplia resonancia encontraron las palabras agoreras de Spengler cuando anunció la decadencia de la civilización occidental. Posteriormente, la crisis económica que ha afectado a casi todos los países reforzó el concepto spengleriano de que habíamos llegado al ocaso de la civilización. Culpado el régimen capitalista, o el desarrollo excesivo de la máquina, de ser los causantes de esta crisis, las teorías, se han sucedido en un afán de buscar más la explicación que la solución: así, de teoría en teoría, se ha afirmado que los males del mundo tienen su origen en las conquistas materiales que ha hecho el hombre. Como una solución simple a los dolores de que padece la humanidad, se ha propuesto la vuelta a la Edad Media, a fin de darle a la vida del espíritu la placidez que ella tuvo en los claustros que dominaron durante ese período histórico.

Uno de los talentos más avizores con que cuenta el mundo, H. G. Wells, analiza en libro reciente (1), traducido no ha mucho al castellano por Ernesto Montenegro, todos los problemas que inquietan al hombre actual. Palabras optimistas las de Wells, que devuelven al espíritu la confianza en lo porvenir. Sin caer en la candidez de pensar que vivimos en un mundo perfecto, cree él que la solución de los problemas más urgentes

(1) Empresa Letras.—Ediciones Extra.—Santiago de Chile.